

DAS MÃOS AO ARQUIVO. A PROPÓSITO DAS ESCRITAS DAS PESSOAS COMUNS*¹

Antonio Castillo Gómez²

Madre, madrecita, me voy a reunir con mi hermana y papá al otro mundo, pero ten presente que muero por persona honrada. Que mi nombre no se borre en la historia.

Carta de Julia Conesa a su madre, 1939.

Cuando regresamos fuimos recibidos bajo sospecha. Sentimos la conjura del silencio. Nos dimos cuenta que no se sabía nada de nosotros ni de lo que habíamos hecho y que quienes lo sabían preferían ocultarlo.

Andreatta y Pedrotti, presos militares, 1945.

1. Introducción

Al escribir estos postremos y definitivos mensajes, tanto Julia Conesa como los militares italianos eran conscientes del valor de la escritura en cuanto soporte de la memoria. Pocas expresiones puede haber más afortunadas y elocuentes que el deseo expresado por la joven socialista: «que mi nombre no se borre en la historia». Éste nos remite a una clara asociación entre el registro escrito y la memoria que se remonta a la aparición misma del primero. Se puede observar en muchos de los usos políticos e institucionales de la escritura, producidos y conservados con la explícita voluntad de convertirlos en «lugares de memoria»; pero también en buena parte del denso y variado filón de los escritos cotidianos y de la gente común. Valen para acreditarlo tanto los fragmentos precedentes como cuantos salpican estas páginas, o el luminoso testimonio

* Este texto retoma dos publicaciones anteriores: «Un archipiélago desconocido. Archivos y escrituras de la gente común», *Archivamos*, 38, 2000, pp. 6-11; y «De la suscripción a la necesidad de escribir», en CASTILLO GÓMEZ, Antonio (coord.). *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares*. Gijón: Trea, 2002. Señalar, por último, que el mismo se inscribe dentro del proyecto de investigación *Las escrituras de la gente común: usos, prácticas y formas de conservación*, financiado por el Vicerrectorado de Investigación de la Universidad de Alcalá (UAH 2002/008).

¹ A presente conferência foi proferida em 06/07/2002, por ocasião da abertura da Exposição “Memórias e Escritas de Pessoas Comuns”, realizada na FAED/UEDESC.

² Professor de História da Cultura Escrita / Universidade Alcalá de Henares - Madri

de las dos mujeres italianas a las que ahora me voy a referir: Antonietta Angela Bonatti Procura y Clelia Marchi.

Antonietta Angela nació en Verona el 13 de junio de 1888 y trabajó, desde abril de 1905, como operaria en la manufactura de tabacos de Borgo Sacco. Ya adulta, cuando rondaba los 28 años, tuvo que emigrar, como tantos otros habitantes del Trentino, ante la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial. Muchos de aquellos profughi nos han transmitido su experiencia en diarios y cartas. Antonietta, por su parte, la escribió, al menos un fragmento de ella, a lápiz, en un italiano dialectal, en la cara interna del baúl que le acompañó en su huida, hoy conservado en el Museo storico italiano della guerra de Rovereto.

Casi sesenta años después, Clelia Marchi pergeñó el hilo de su autobiografía, con letra apretada, sobre la superficie de una sábana, depositada en el Archivio Diaristico Nazionale (ADN) de Pieve Santo Stefano. Cuenta que llegó a la escritura de su vida a raíz de la soledad que le sobrevino tras la muerte de su marido, en 1972. Noches de llanto e insomnio que ella, mujer de campo nacida el 19 de abril de 1912 en Poggio Rusco, trató de remediar acudiendo al bálsamo de la escritura. Escribió, pues, a la edad de 60 años y lo hizo en un italiano básico, también dialectal y pleno de ecos orales.

Ambas mujeres comparten una similar subalternidad social: la una, procede de un entorno fabril y urbano; la otra, rural. Sus escritos dejan ver notables vecindades, ya sea en el plano lingüístico o en la competencia gráfica, al tiempo que apuntan la pluralidad de soportes y de formas que pueden adoptar las escrituras de la gente común. De modo tal que, sin negar la puntual observación de cuantos historiadores han puesto el dedo en la llaga del arraigado y extenso analfabetismo de las clases populares, máxime en los siglos anteriores al XIX; tampoco se puede oscurecer la evidencia que entrañan tantos escritos, autógrafos y dictados, salidos de las manos de campesinos, trabajadores o miembros de las capas inferiores de la pequeña burguesía.

Obviamente dichos testimonios son más abundantes en los dos últimos siglos, ya que ha sido en éstos cuando se han generalizado dos condiciones imprescindibles para ello: a) la conquista masiva de la capacidad de escribir; y b) un tiempo histórico colmado de momentos generadores de escrituras personales (guerras, migraciones, campos de concentración, servicio militar, etc.). Pero esto no quiere decir que la producción escrita de las clases subalternas no exista antes del Ochocientos, según apuntan, entre otros, los datos

que siguen: primero, la presencia de mercaderes, herreros, fabricantes de jabón y de sillas de montar, zapateros, vinateros, barberos y algunas mujeres entre los escritores italianos de libros en vulgar durante la baja Edad Media;³ segundo, la amplia nómina de autobiografías populares de la Época Moderna;⁴ tercero, la cuarentena de libros de familia de payeses catalanes del mismo período;⁵ y por último, las cerca de 800 autobiografías de trabajadores escritas en Gran Bretaña entre 1790 y 1900.⁶

Queda claro, en suma, que el analfabetismo no es una explicación suficiente. Pese a ser más habitual entre las personas de condición acomodada y culta, la escritura no ha estado (ni está) enteramente al margen del quehacer cotidiano de la gente común. Éstas, por el contrario, son artífices de un importante número de escritos, fruto de múltiples motivaciones y variados en su tipología. No menos, a la sazón, de cuanto podía serlo el «archivo» personal de Cholo, uno de los personajes que pueblan la novela *En salvaje compañía*, de Manuel Rivas:

Una mañana, arreglando el dormitorio, Rosa abrió el cajón del armario donde Cholo guardaba sus papeles. Allí estaban las escrituras de las fincas y, en un rincón, junto con el Libro de Familia y la cartilla de la Seguridad Social, las libretas del banco. Apartó con cariño las dos tapas rojas de los niños grandes, Anabel y José Luis, abiertas con el dinero de los regalos de primera comunión, como si fuesen un par de láminas de oro. Miró luego en la de Ahorro del matrimonio, la de cubiertas azules, y repasó las cifras, un escote ya, ¡si mamá pudiera verlo! E iba a dejarlo cuando se le ocurrió abrir las gomas de la carpeta grande que Cholo tenía de los tiempos de Suiza. Había cosas, nóminas y así, que no entendía, pero también por el medio algunas de sus cartas enviadas desde Arán. Una de ellas con sus labios impresos en carmín y una despedida: Toda tuya. La guardó con un suspiro en medio del montón de papeles, y fue en ese momento cuando descubrió otra libreta de color morado, con la cabecera de un banco que no era el de ellos.⁷

³ NUCCI, Anna Rita y SIGNORINI, Maddalena, «Un censimento di copisti di opere in volgare italiano (XIV-XVI secolo)», *Alfabetismo e cultura scritta*, nueva serie, 2, 1989, pp. 79-92.

⁴ AMELANG, James S. *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*. Stanford: Stanford University Press, 1999.

⁵ TORRES SANS, Xavier. *Els llibres de família de pagès (segles XVI-XVIII). Memòries de pagès, memòries de mas*. Girona: Curbet Comunicació Gràfica, 2000.

⁶ BURNETT, John; VINCENT, David; y MAYALL, David (eds.). *The Autobiography of the Working Class: An Annotated, Critical Bibliography*. Brighton: Harvester, 1984-1987, 2 vols.

⁷ RIVAS, Manuel. *En salvaje compañía* [1994]. Madrid, Alfaguara, 1998, pp. 100-101.

2. Escrituras Populares, Escrituras de la Gente Común

Pero, ¿qué se entiende por escrituras populares? Considero, de partida, que es importante entrar en la definición y tratar de sugerir una cierta acotación del campo donde nos movemos, por más que pueda ser discutida y discutible. Sobre todo porque el creciente y saludable desarrollo de los estudios sobre las escrituras personales y ordinarias lleva aparejado tanto la tentación de mezclar los confines de unas y de otras, como el riesgo de mezclar a todas en el mismo saco, diluyendo así la significación introducida por la clase social. El hecho, por ejemplo, de que la escritura autobiográfica sea uno de los terrenos cultivados por la gente común apunta, sin duda, el peligro de suponer que son lo mismo y de que las escrituras populares terminen disueltas en otras empresas de contenido más interclasista. En términos similares, el cariz cotidiano de buen número de ellas también puede llevar a emparentarlas sin más con los escritos ordinarios, esto es, cuantos responden a «la apropiación y el empleo de una competencia (el saber escribir) al margen tanto de los lugares que controlan su aprendizaje (la pequeña escuela, la tienda del maestro-escritor, la escuela de caridad) como de las prácticas institucionalizadas que limitan su ejercicio (delante del cura, del notario, del juez o del administrador)»⁸.

Dichos terrenos de escritura, el personal y el cotidiano, participan de la misma desacralización e informalidad que tiene la producción escrita de la gente común y, en gran medida, responden a la usual y sencilla función del *laisser trace*;⁹ pero tales parentescos no conllevan que debamos equipararlas en cada ocasión. Conviene recordar que escrituras ordinarias son igualmente los diarios, agendas, cuadernos y epistolarios de cualquier aristócrata;¹⁰ y obviamente a nadie se le ocurriría considerar a dichas personas como exponentes de las clases subalternas. Por esto me gustaría reclamar aquí el pleno valor

⁸ CHARTIER, Roger: «Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares» [1991], en su obra *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 286.

⁹ FABRE, Daniel: «Introduction», en FABRE, Daniel (ed.): *Écritures ordinaires*. Paris: Éditions P.O.L./Centre Georges Pompidou, Bibliothèque publique d'information, 1993, p. 11. Dirigida también por este etnólogo es otra obra no menos fundamental para el estudio de tales escrituras: *Par écrit. Ethnologie des écritures quotidiennes*. Paris: Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1997.

¹⁰ Por ejemplo, las crónicas y memorias nobiliarias analizadas por IRACE, Erminia: «Le scritte della nobiltà. Forme e pratiche della legittimazione nell'Italia cittadina dei secoli XVI e XVII», en MESSERLI, Alfred y CHARTIER, Roger (eds.). *Lesen und Schreiben in Europa, 1500-1900. Vergleichende Perspektiven. Perspectives comparées. Perspective comparate*. Basel: Schwabe & Co AG., 2000, pp. 65-85; o las agendas del marqués de Vauban, Sebastián le Prestre (1633-1707), estudiadas VIGNOT, Michèle: «Les carnets de bord d'un grand serviteur du roi: les agendas de Vauban», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 48-4, octubre-diciembre 2001, pp. 50-76.

historiográfico del concepto clase frente a ciertas operaciones de maquillaje terminológico que, a la postre, tratan de eludir la conflictividad y la desigualdad social como uno de los vectores del análisis histórico. Comparto enteramente cuantas matizaciones se han formulado respecto a la errónea asimilación que a veces se ha hecho de las actividades culturales y de la vida económica; pero matizar y rectificar algunos vicios del academicismo marxista no significa que debamos desprestigiar todo el bagaje de sus herramientas analíticas. Tan desafortunado me parece incurrir en ciertos reduccionismos de antaño como eliminar de un plumazo ese vocabulario y la realidad que representa, por supuesto sin desprestigiar los matices aportados por cada época y cada contexto. Así pues, pese a que las clases sociales se han resentido con los cambios acontecidos en los sistemas de producción y con la irrupción de la cultura de masas, negarlas, sin embargo, sería tanto como dar la espalda a las diferencias instaladas en el seno de las respectivas sociedades.

Llevado al terreno de la escritura, esta se resiente de dichas disfunciones, por lo que el empleo del término popular tiene plena validez cuando se trata de denominar las actividades de cultura escrita producidas por las clases subalternas. No obstante también es frecuente que se aluda a ellas con la expresión más genérica de escrituras de la gente común o incluso escrituras del margen, considerando que esta «marginalidad» estaría dada por varios motivos: 1) la necesidad de dar cabida a la voz y el testimonio de muchas personas que, a menudo, se sitúan en los umbrales de la sociedad; 2) las peculiaridades de una competencia escrita que se suele mover entre lo oral y lo escrito; y 3) la vocación de punto de confluencia de distintos enfoques disciplinares y metodológicos.¹¹

De todos modos, lo más relevante es que las escrituras populares –en plural, para sugerir toda la diversidad de sus manifestaciones¹²– se distinguen por la condición social de sus autores: escribientes antes que escritores, hombres «transitivos», según las palabras de Roland Barthes; personas para quienes la comunicación escrita representa una actividad y no una función¹³. Es decir, escribientes adscritos a una clase social medio-baja (barberos,

¹¹ GIBELLI, Antonio: «Pratica della scrittura e mutamento sociale. Orientamenti e ipotesi», en *Per un archivio della scrittura popolare* (Atti del seminario nazionale di studi, Rovereto 2-3 ottobre 1987), *Materiali di lavoro*, 1-2, 1987, pp. 8-9.

¹² PRIORE, Dante: «La scrittura popolare: una realtà plurale», en *Per un archivio della scrittura popolare*, *op.cit.*, pp. 177-181.

¹³ BARTHES, Roland: «"Écrivains" y "écrivants"» [1960], en Id.: *Ensayos críticos* [1964]. Barcelona: Seix Barral, 1983, pp. 177-185.

campesinos, carpinteros, panaderos, albañiles, negociantes, trabajadores, serradores, mecánicos, tipógrafos, etc.) que comparten una cierta proximidad social y una similar experiencia escolar, fuera de ostentar una posición subalterna respecto al poder y al control de los medios de producción. Gente común, como también tiende a decirse para incluir a los individuos de la clase media, poco o escasamente alfabetizados.¹⁴ En consecuencia se trata de personas que no son profesionales del escribir en ninguna de las posibilidades que ello pueda adoptar: la oficial-administrativa, la científico-académica o la propiamente literaria; sino de gentes que se aproximan al mundo de lo escrito por otras razones estrictamente personales.

Descendiendo a la materialidad de los textos, en primer lugar cabe insistir en la enorme variedad y riqueza que caracteriza este terreno de la escritura. Una ojeada meramente capilar nos lleva por una tipología textual integrada, entre otros, por: cartas (desde el frente, de amor, de emigrantes, etc.), agendas, diarios, cancioneros populares, libros de familia, libros de memorias, cuadernos y diarios de la escuela, cuadernos y diarios de guerra, cuadernos de viaje, album amicorum, libros de dedicatorias, cuadernos de sortilegios o libros de cuentas. Entrando en su contenido, se aprecia, además, que lejos de cualquier imputación de homogeneidad, «la escritura popular presenta, como la literatura burguesa, una variedad de contenidos y de estilos, conforme al referente de cada situación».¹⁵ Entre los muchos botones que se podrían reportar al hilo de este punto está el testimonio de Giuseppe Menotti, del que el Archivio della Scrittura Popolare (ASP) de Trento conserva diversas agendas (1913,1914), varios diarios anuales (1915,1916) y un libro zibaldone o de recuerdos (1884-1887); o el del factor ferroviario Danilo Gracci, de quien se conservan, en el ADN, un cuaderno de apuntes varios y su libretto sanitario de la guerra (1915-18), ambos originales, y, fotocopiados, el diario de soldado (1915-1927) y un libro de cuentas (ca. 1919-1928).

En el plano del lenguaje empleado, en los escritos de las clases populares es frecuente que se huya del artificio literario, como ha señalado Rémy Cazals al ocuparse del cuaderno de guerra del tonelero Louis Barthas.¹⁶ Por lo común se trata de escrituras poco pendientes de las normas que regulan la lengua escrita y la institución literaria, de tal modo que su principal valor no lo debemos medir por los parámetros que rigen otro tipo de textos cuanto

¹⁴ BRICCHETTO, Enrica: «Dal cassetto all'archivio. Il fondo di scrittura popolare dell'Istituto di Alessandria», *Quaderno di storia contemporanea*, 14, 1993, pp. 72-73.

¹⁵ BIONDI, Marino: «Narrate, o uomini», *Ventesimo secolo*, 1, 1991, p. 72.

¹⁶ CAZALS, Rémy: «Postface à l'édition de 1997», en CAZALS, Rémy (ed.): *Les carnets de guerre de Louis Barthas, tonnelier 1914-1918*. Paris : La Découverte & Syros, 1997 [1978], p. 557.

fundamentalmente por lo que las mismas expresan. Evidencian una necesidad de escribir que rompe las coordenadas diseñadas para interpretar otras actividades más institucionales o letradas. Sus autores se mueven en una franja imprecisa entre la oralidad y la escritura, entre el alfabetismo y el semialfabetismo; es decir, en ese punto donde se verifica el primer contacto con el escrito y sus complejidades, reglas, límites y misterios; pero teniendo claro que esto no implica que debemos considerar dichos textos como una simple transposición de lo hablado. Acaso uno de los documentos más luminosos sea una carta del soldado italiano Emanuele Calosso, donde la sucesión casi interminable de la letra «o» parece representar el acto del habla.¹⁷

Gráficamente, las escrituras populares dejan ver unos rasgos comunes que, incluso, tienden a mantenerse a lo largo de los siglos. Se trata de una competencia gráfica inexperta o inhábil, señalada por elementos tales como la ausencia de un trazado continuo de las letras, el empleo de un módulo normalmente grande, la incapacidad para respetar el «pautado mental» y seguir una alineación regular, el trazo inseguro, las irregularidades en la compaginación del texto y las letras monolíticas sin distinción aunque comparezcan al principio, en medio o al final de palabra.¹⁸ Y junto a esas peculiaridades gráficas, otras de carácter morfo-sintáctico que dan a los textos una apariencia de flujo continuo sin pausa, típica de la lengua hablada; y léxico, en concreto las notables interferencias dialectales y coloquiales.¹⁹

Por otro lado, tampoco es de extrañar que en las escrituras de la gente común se dé una cierta conjunción entre los códigos escrito e icónico, siendo frecuente que se incluyan dibujos de la persona que escribe. Puede verse, por ejemplo, en las cartas del preso Marcelo, de treinta años, a sor Gervasia, monja del Centro di Programmazione Umana «Carcere e Comunita», en el diario (1943-1945) del soldado fascista Remo Zanchetta, en el diario de la primera guerra mundial (1997) del soldado de infantería Otello Ferri o en buen número de los cancioneros de

¹⁷ Para el epistolario de este soldado, CAFFARENA, Fabio: *Le terre matte e il caro paese. Epistolario di guerra dell'alpino Emanuele Caloso (1915-1918)*. Finale Ligure: Comune di Finale Ligure, 2001.

¹⁸ MARQUILHAS, Rita: *A Faculdade das Letras. Leitura e escrita em Portugal no séc. XVII*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2000, pp. 239-240. Sobre las escrituras inexpertas y las interacciones entre lo hablado y lo escrito, BENVENISTE, Claire Blanche: *Estudios lingüísticos sobre la relación entre oralidad y escritura*. Barcelona: Gedisa, 1998. En cuanto a la persistencia de ciertos rasgos gráficos, BARTOLI LANGELI, Attilio: *La scrittura dell'italiano*. Bologna: Il Mulino, 2000.

¹⁹ BIANCONI, Sandro: «Lettura e scrittura nelle classi popolari dell'arco alpino tra Cinquecento e Settecento», en MESSERLI, Alfred y CHARTIER, Roger (eds.): *Lesen und Schreiben, op. cit.*, pp. 197-198.

soldados trentinos.²⁰ Un caso claro de memoria construida mediante imágenes son los dibujos con los que el agricultor Vincenzo Palumbo quiso «describir la vida como se vivía en los tiempos pasados, utilizando también los recuerdos que me contaban mis abuelos y mis padres». Trata de mostrar «cómo se vivía la miseria», el mundo del trabajo, las fiestas, las reuniones familiares; en fin, todo cuanto era el acontecer diario de una pequeña comunidad rural, Accadia, en el meridión de Italia. Y lo hace con dibujos, ingenuos e infantiles, de trazo sencillo, acotados con algunos textos escritos casi siempre breves.²¹

Por otra parte, es harto habitual que los «escritores populares» refieran la toma de la escritura como una experiencia inusual, como algo impropio y limitativo; es decir, como si invadieran un campo ajeno a ellos. El campesino Luigi Gotero lo señala en alguna de las 111 cartas que, entre 1915 y 1916, escribió a su mujer desde el frente: «ti vorrei raccontare tante cose della mia vita stanca ma io non ti lo poso spiegar tutto quello che vorrei spiegarti ma se o fortuna di ri tor na re ti diro qualche cosa» [«me gustaría contarte tantas cosas de mi fatigosa vida pero no te puedo explicar todo lo que quisiera, aunque si tengo la fortuna de volver te diré algunas cosas»].²² Higinio Busons lo refiere en el arranque de las memorias relativas a su estancia en la cárcel de Guadalajara: «Me falta, en cambio, para describirla, algo que el poeta poseía en grado brillante: inspiración y arte, que no serían, empero, suficientes para expresar lo que está por encima de la humana palabra [...]».²³ Y Clelia Marchi escribe disculpándose por su desconocimiento de las reglas gramaticales y por su descuidada

²⁰ Los testimonios de Marcelo, Remo Zanchetta y Otello Ferri se conservan en el ADN. Para los cancioneros trentinos, del ASP, véase ANTONELLI, Quinto: *Storie da quattro soldi. Canzonieri popolari trentini*. Trento: Publprint Editrice/Museo del Risorgimento e della Lotta per la Libertà, 1988.

²¹ *Immagini di Accadia nei segni di Vincenzo Palumbo. Figure di vita identiche nei paesi «Dauni-Irpini» e simili nei siti della «Spina Dorsale dell'Appennino Italico»*. Napoli: Generoso Procaccini, 2000. Las citas proceden del propio testimonio autógrafa de Vincenzo, reproducido parcialmente en la p. [II] y transcrito en el interior de la contra-cubierta. De este testimonio se ha ocupado BARBALATO, Beatrice: «Lettera per immagini ai posteri di un contadino dell'Irpinia», en SÁEZ, Carlos (ed.): *Libros y documentos en la Alta Edad Media. Los libros del Derecho. Los archivos familiare. Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita*. Madrid: Calambur, 2002, pp. 427-440.

²² GIBELLI, Antonio: *L'officina della guerra. La Grande Guerra e le trasformazioni del mondo mentale*. Torino: Bollati Boringhieri, 1991, p. 53 .

²³ BUSONS, Higinio: *Relato de un testigo*, Guadalajara, Hermandad de Familiares de Caídos, 1947, p. 9. Estas memorias se publicaron antes en el semanario "Nueva Alcarria" durante el año 1940 bajo el título "La cárcel de Guadalajara". Sobre ellas véase el trabajo de Verónica Sierra Blas: «Cultura popular y Guerra Civil en Guadalajara: el testimonio de Higinio Busons», en *Actas del VII Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*. Guadalajara: Diputación Provincial de Guadalajara, 2001, pp. 521-536.

caligrafía, al tiempo que solicita la comprensión de los lectores aduciendo que no cursó más estudios que los de 2º de primaria [«sono andata à scquola, solo in 2ª elementare»].²⁴

Puede verse, en fin, que en esta delimitación del campo de las escrituras populares (o de la gente común) he dejado expresamente fuera aquellas prácticas de cultura escrita orientadas a su consumo por las clases subalternas, pero que no entrañan un acto efectivo de toma de la escritura. Es el terreno, algo más estudiado, de las estrategias textuales vinculadas con la experiencia lectora de las clases populares, caso de los impresos de larga circulación: pliegos de cordel, chap books o los libros de la *bibliothèque bleu*. No dudo que también deberían ser contemplados si se tratara de dilucidar las relaciones con el mundo de lo escrito; pero no cuando lo que se persigue es asentar la genealogía, evolución y formas que han regido la adquisición y uso de la escritura por dichas clases sociales; esto es, sus propias actividades escritas, preferentemente autógrafas pero sin desmerecer otras situaciones de escritura vicaria o delegada.

3. Una Mirada Diacrónica

Obviamente para que pueda darse esa toma popular de la escritura se requieren unas determinadas condiciones que la hagan factible. Significa esto que la histórica desigualdad respecto a la difusión social de la capacidad de escribir y de leer determina la posibilidad o no de esa apropiación efectiva. Sin entrar ahora en los pormenores concretos de la historia de la alfabetización, es evidente que la mayor o menor amplitud y riqueza de las prácticas populares de la escritura está directamente relacionada con la extensión del alfabetismo en cada etapa y con la importancia asignada a la tecnología escrita en cada momento. Por todo ello, la conquista popular del alfabeto entraña un ejercicio de subversión en la que medida que representa la ruptura del «pacto» social en sus efectos sobre la alfabetización y el uso de la competencia gráfica. Augusta Molinari ha insistido precisamente en el hecho de la transgresión al estudiar las *lettere ai potenti* de los trabajadores de la empresa genovesa Ansaldo. Las cartas de los obreros a los sucesivos patronos ponen al descubierto una alteración de las relaciones establecidas en el microcosmos industrial, al menos en dos puntos: 1) la apropiación obrera de un instrumento de comunicación por lo común ajeno a dicho

²⁴ MARCHI, Clelia: *Gnanca na busia*. Vicenza: Fondazione Arnoldo e Alberto Mondadori, 1992, p. 68.

ambiente social; y 2) el recurso a una práctica de escritura, la epistolar, que, de algún modo y contando con la distinción expresada por las fórmulas de tratamiento, coloca en un mismo plano al emisor y al destinatario.²⁵

Si obviamos los graffiti, donde la huella escrita de las clases populares se puede rastrear incluso en determinados testimonios de la Antigüedad clásica, el comienzo de las escrituras personales de las clases subalternas está asociado a los cambios socio-culturales que se fueron dando en Europa a partir del siglo XII, destacando, por su mayor proyección social, la consolidación escrita de las lenguas vernáculas y la consiguiente alfabetización en vulgar. Excepción hecha de ciertos ambientes sociales ligados a la tradición latina, caso, sobre todo, de los litterati (eclesiásticos, universitarios y humanistas); los principales destinatarios y usuarios de las escuelas urbanas de primeras letras fueron los comerciantes y artesanos, quienes, por otra parte, demandaron una alfabetización eminentemente práctica. De ahí que estos primeros momentos sean también los de una producción escrita cuya principal manifestación corresponde a los libros de cuentas, libros de razón, libros de memoria o libri di famiglia; es decir, cuadernos, en todos los casos, escritos en las distintas lenguas vernáculas, algunos por sus titulares y otros por diversas manos, cuyo fundamento es la memoria económica, completada, a ratos, con breves apuntes de índole más íntimo y familiar.²⁶

En consecuencia, durante los últimos siglos de la Edad Media la escritura empezó a ocupar unos lugares y espacios que hasta entonces habían permanecido casi ajenos a su huella. Es cierto que aún eran muchas, como lo fueron en la Edad Moderna, las situaciones en las que no se requería otra intervención que la suscripción, autógrafa o delegada, al pie de un escrito, fuera éste de tipo notarial o fruto de una razón administrativa cada vez más burocratizada; pero a la par se fue ampliando la base social usuaria de la comunicación escrita y ésta comenzó a ser practicada por un número creciente de personas de condición popular: artesanos, mercaderes, banqueros, campesinos y, más adelante, desde el siglo XVIII, obreros.

²⁵ MOLINARI, Augusta: *Le lettere al padrone. Lavoro e culture operaie all'Ansaldo nel primo Novecento*. Milano: FrancoAngeli, 2000, y, más resumido, «Cartas aos "patrões": praticas de escritura e culturas operárias em Gênova no início do Novecentos», en BASTOS, Maria Helena Camara; CUNHA, Maria Teresa Santos; y MIGNOT, Ana Chrystina Venancio (orgs.): *Destinos das letras: história, educação e escrita epistolar*. Passo Fundo: Universidade do Passo Fundo, 2002, pp. 137-158.

²⁶ CASTILLO GÓMEZ, Antonio: «Entre la necesidad y el placer. La formación de una nueva sociedad del escrito (ss. XII-XV)», en CASTILLO GÓMEZ, Antonio (coord.): *Historia de la cultura escrita: Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*. Gijón: Trea, 2002, pp. 198-203.

Contando con dichos antecedentes, la auténtica toma popular de la escritura es, sin duda, un signo específico de la Época Contemporánea, y se relaciona, en particular, con el desarrollo de la escuela pública y la alfabetización de masas.²⁷ A esto se suman una serie de factores de innegable repercusión en la «masificación» del escribir, a saber:

1) Los avances en las comunicaciones y, en concreto, la creación de los respectivos sistemas nacionales de correos, sin los cuales no se podría explicar el vertiginoso incremento de la correspondencia escrita desde mediados del siglo XIX.²⁸

2) Determinadas novedades en los métodos de enseñanza que dieron mayor relevancia a la producción de textos como forma de aprendizaje, caso de la redacción de cartas en las últimas décadas de dicha centuria.²⁹

3) Las necesidades de comunicación escrita suscitadas por los masivos movimientos de gentes que se dieron en los siglos XIX y XX, bien fuera por la emigración, el exilio o la guerra.³⁰

En efecto, en circunstancias así era tal la sensación de soledad y desarraigo, tal la tristeza y la desesperación, que no pocas personas buscaron su consuelo en la escritura, supieran o no escribir:

Leggevo poco ma scrivevo tanto perchè ero in un reggimento che erano quasi tutti analfabeti... scrivevo in genere per quaranta persone perchè eravamo sesanta ma tutti analfabeti.

Leía poco pero escribía mucho porque estaba en un regimiento donde casi todos eran analfabetos... escribía, por término medio, para cuarenta personas porque estábamos sesenta pero todos analfabetos.³¹

²⁷ VINCENT, David: *The Rise of Mass Literacy. Reading and Writing in Modern Europe*. Cambridge: Polity Press, 2000.

²⁸ VIÑAO FRAGO, Antonio: «Del periódico a Internet. Leer y escribir en los siglos XIX y XX», en CASTILLO GÓMEZ, Antonio (coord.): *Historia de la cultura escrita: Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*. Gijón, Trea, 2002, pp. 320-324.

²⁹ HÉBRARD, Jean: «La lettre représentée. Les pratiques épistolaires populaires dans les récits de vie ouvriers et paysans», en CHARTIER, Roger (ed.): *La correspondance, op. cit.*, pp. 279-365; DAUPHIN, Cécile: *Prête-moi ta plume... Les manuels épistolaires au XIXe siècle*. Paris: Éditions Kimé, 2000; y TASCA, Luisa: «La corrispondenza “per tutti”. I manuali epistolari italiani tra Otto e Novecento», *Passato e presente*, XX, 55, 2002, pp. 139-158.

³⁰ GIBELLI, Antonio: «Emigrantes y soldados. La escritura como práctica de masas entre los siglos XIX y XX», en CASTILLO GÓMEZ, Antonio (coord.): *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares, cit.*

³¹ BOGLIOLO, Gino: *Scrittura popolare della Grande Guerra: la memoria inedita di Giovanna Pistone*. Tesina de Licenciatura, Università degli Studi di Génova, año académico, 1988-89, p. 18.

Quién protagoniza este recuerdo, sacado de una entrevista oral, es Giovanni Pistone, un campesino de Roccaverano, al evocar su paso por el frente en la primera guerra mundial. Allí, según cuenta, ejerció de escribano para muchos de sus compañeros, que de ese modo pudieron mantener correspondencia con sus madres y novias; pero también enseñó el alfabeto a uno de ellos. Se trata, a la postre, de un caso que expresa en toda su esencia la extensa nómina de los epistolarios y memorias de los soldados que intervinieron en la Gran Guerra, y no sólo. No voy a detenerme ahora en el análisis pormenorizado de dichas prácticas de escritura; pero si quiero apuntar, como demostración del valor reconocido a las cartas en el transcurso de las guerras -«forjas de escritura», según las llamó Camillo Zadra, o «frente de palabras», al decir de Fabio Caffarena³²- la organización de servicios postales específicos, la publicación de manuales epistolares centrados en las cartas a los soldados, o la figura de las «madrinas de guerra»³³, con el cometido, entre otros, de escribirles para insuflarles patriotismo y mantenerles la moral en alto. En particular, la Segunda Guerra Mundial, por su carácter de guerra total, desencadenó una auténtica multiplicación de la correspondencia privada, a la que se incorporó la pequeña y media burguesía, las mujeres y los niños; mientras que en la Primera fue más notable el papel de los campesinos.³⁴

³² ZADRA, Camillo: «Quaderni di guerra. Diari e memorie autobiografiche di soldati trentini nella Grande Guerra», *Materiali di lavoro*, 1-2-3, 1985, p. 210; y CAFFARENA, Fabio: «Il fronte delle parole: Scritture della Grande Guerra», en CONTI, P.; FRANCHINI, G.; y GIBELLI, A. (eds.): *Storie di gente comune nell'Archivio Ligure della Scrittura Popolare*. Genova: Editrice Impressioni Grafiche, 2002, pp. 81-111.

³³ MOLINARI, Augusta: *La buona signora e i poveri soldati. Lettere a una madrina di guerra (1915-1918)*. Torino: Scriptorium, 1998.

³⁴ GIBELLI, Antonio: «Lettere dalla guerra», *Storia e memoria*, 2, 2, 1993, pp. 11-12.

4. De la Suscripción a la Escritura Necesaria

El devenir de las prácticas populares de la escritura se acompasa al ritmo seguido por ésta en cuanto instrumento de comunicación y al paso llevado por la conquista social de la alfabetización. Observamos así cómo la extensión, la frecuencia y la diversidad de sus usos está conectada a la función desempeñada por la escritura en cada sociedad y a la difusión conseguida. Es por eso que Armando Petrucci sintetizó dicho cuadro como la evolución desde el «pueblo que suscribe al pueblo que escribe»;³⁵ tratando así de «significar y representar de forma simbólica el paso, desde una alfabetización limitada y oligofuncional de los semialfabetizados del medievo, a aquella más compleja y significativa de los escribientes y lectores de masa, acaecido en Europa en el curso de la edad moderna».³⁶

Los primeros frutos de esa apropiación limitada de la escritura parten de una requisitoria legal derivada de las transformaciones experimentadas por el estado, el mercado o la vida en sociedad, y la incidencia en ellas de la escritura. Sus manifestaciones pueden verse en una gama extensa de prácticas, aunque, con frecuencia, no son más que ejercicios puntuales donde tan sólo cabe apreciar la distinta competencia gráfica de los individuos que las firman o redactan, caso de algunos textos que podemos calificar de autógrafos menores. Me refiero, entre otros, a los recibos emitidos para dejar constancia de cierta transacción laboral o económica; a las peticiones y memoriales presentados ante diversas instancias administrativas, judiciales o de cualquier otro signo; a los documentos validados por la intervención del notario; y a los varios formularios generados por la implantación de la razón burocrática, en creciente ascenso desde los años finales de la Edad Media hasta nuestros días.

En todas esas situaciones de escritura, el individuo comparece, por él mismo o a través de un intermediario, para firmar, completar los espacios dejados en blanco o para redactar algunas líneas; pero las mismas realmente no comportan un ejercicio voluntario de la capacidad de escribir como tampoco una reivindicación auténtica de la palabra escrita. Se sitúan, más bien, en el ámbito de lo que Bartoli Langeli ha llamado el escribir funcional, que viene a ser la modalidad dominante dentro del alfabetismo pobre. Sostiene, sobre el particular, que los semicultos disponen de un limitado espacio de autonomía por cuanto aprenden lo que

³⁵ PETRUCCI, Armando: «Para una historia cualitativa del alfabetismo» [1989], en su libro *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa, 1999, p. 46.

³⁶ PETRUCCI, Armando: «Escrituras marginales y escribientes subalternos» [1998], *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 7, 2000, p. 74.

les enseña la escuela, leen lo que el mercado les pone a disposición y escriben lo mínimo indispensable.³⁷ Sirven, no obstante, para entender y valorar la dimensión sociológica de la mentalidad alfabética y la pluralidad de momentos regulados por la escritura; o para plantear algunas aproximaciones a los niveles de cultura gráfica.

Más allá de esas muestras de una apropiación restringida, la adquisición de una plena competencia escrita y el desarrollo de una efectiva necesidad de escribir entre las clases subalternas, cuyo rastro puede seguirse desde los siglos finales del Medievo hasta el tiempo presente, generó una serie de textos sensiblemente más ricos. Éste es el terreno donde se desenvuelven las llamadas escrituras populares, y, en particular, las personales, es decir, aquéllas que emanan del deseo de articular la memoria de uno mismo (o de la familia), de estrechar el vínculo con la comunidad de pertenencia o de ir configurando la propia identidad, cuyo mejor prototipo se halla en el diario íntimo. En opinión de Bartoli Langeli es justamente esta *scrittura libera*, ajena al carácter meramente instrumental, la que señala el advenimiento de la escritura popular, representado, en particular, por la producción autobiográfica, incluso más que la correspondencia, que, según él, conserva algo de funcional.³⁸ Dichos escritos responderían, entonces, a la voluntad última de sellar el «pacto autobiográfico», del que habló Philippe Lejeune, y a una cierta necesidad de redimirse a través de la pluma y del papel.³⁹ Señalan un acto de escritura y la voluntad de inscribirlo en el registro social con el fin de combatir los silencios del olvido, según vemos expresado en el párrafo que sigue, tomado de las memorias del militante socialista Comunardo Tobia:

Molte sono le descrizioni dell'epoca da me lette in varie riviste e giornali, ma nessuna forse è stata scritta da coloro che materialmente vissero tali giorni e quindi nessuna capace di dare l'esatta spiegazione e il giusto sentimento al lettore. Non è questa una critica per i vari scrittori, ma soltanto per precisare che la penna non può scrivere con matematica esattezza ciò che non è stato vissuto dall'uomo medesimo.

Muchas son las descripciones de la época que he leído en diferentes revistas y periódicos, pero seguramente ninguna ha sido escrita por quienes realmente vivieron esos días y, por lo tanto, ninguna es capaz de transmitir la exacta explicación y el justo sentimiento al

³⁷ BARTOLI LANGELI, Attilio: «Un esempio di "scrittura libera"», *Ventesimo secolo*, 1, 1991, p. 68.

³⁸ *Ibidem.*, pp. 68-69.

³⁹ LEJEUNE, Philippe: *Le pacte autobiographique*. Paris: Seuil, 1975.

lector. No se trata de una crítica a los distintos escritores, tan sólo de una precisión para decir que la pluma no puede escribir con matemática exactitud de cuanto no ha sido vivido por el hombre mismo.⁴⁰

Nada mejor que escribir para suturar las heridas dejadas por momentos de sufrimiento tan intenso como pueden serlo una guerra, la distancia física o una experiencia carcelaria. Piénsese, por ejemplo, en lo que para el soldado Giuseppe Morettini supuso su marcha a Etiopia en 1936 y el consiguiente alejamiento de la familia, de la novia y de su entorno habitual:

La mia persona divenne tutta diversa. Cambiai di carattere. La mia mente impazziva, non vedevo più chi mi era davanti, perchè le lacrime mi scorrevano dagli occhi.
Non avevo ancora 24 anni. La mia gioventù si era trasformata in un dolore infinito.

Me convertí en otra persona. Cambié de carácter. Mi mente eloqueció, no veía quién tenía delante, porque las lágrimas me caían de los ojos.
Aún no tenía 24 años. Mi juventud se había transformado en algo infinitamente doloroso.⁴¹

Arrancan, por lo tanto, de una necesidad íntima, y a menudo están ligadas a vivencias dolorosas y a las zozobras interiores de la persona, lo que no significa que dichas escrituras sólo sirvan para superar las distancias y para dar señales de vida, sino que van mucho más allá. Así, de las cartas de emigrantes se ha afirmado que su escritura «revelava constituição de um primeiro espaço social, um espaço de relação consigo mesmo, que inicialmente já é vislumbrável na grande viagem e que, mais tarde, como o imigrante já fixado no próprio espaço privado, tende a se expandir».⁴² A su vez, tras los epistolarios de guerra no es difícil

⁴⁰ TOBIA, Comunardo: «Arbusowka: la valle della morte», en SECCI, T. y TOBIA, C.: *Scritture di guerra e contro la guerra*, Foligno: Editoriale Umbra, 1997.

⁴¹ ADN/MP, MORETTINI, Giuseppe: *Memorie di vita*, pp. 31-32.

⁴² SALOMON, Marlon. *As correspondências. Uma história das cartas e das práticas de escrita no Vale do Itajaí*. Florianópolis: Editora da UFSC, 2002, pp. 22.

hallar una estrategia de defensa de la identidad personal, el refugio frente a un ambiente hostil o la escritura como espacio de evasión⁴³.

Consecuentemente, los escritos de la gente común no deben considerarse como menudencias gráficas o simples reflejos de un alfabetismo más difuso; sino en cuanto auténticos productos de cultura escrita. Es cierto, según se ha dicho, que sus autores no son escritores ni escribientes de oficio; pero sus testimonios acreditan la práctica de una escritura necesaria, sobre todo en determinadas circunstancias:

Miei carissimi, non sarebbero questi i giorni adatti per dedicarsi alla scrittura, ma siccome non voglio farvi stare in cattivo pensiero, sacrifico l'unico momento di tempo che ho di libertà e rispondo immediatamente alla vostra sempre gradita e lunga lettera in data 13»

Queridos míos, aunque estos días no son los más oportunos para escribir, como no quiero haceros pensar mal, sacrifico el único momento de tiempo libre que tengo y respondo inmediatamente a vuestra carta, siempre grata y extensa, del día 13.⁴⁴

Es obvio que los textos producidos por las clases subalternas no siempre representan una actividad tan meditada. A menudo, la razón de escribir se circunscribe al hecho de consignar ciertos apuntes para que no caigan en el olvido. Es el caso, por ejemplo, de los libros de familia, como el algo tardío del entallador Rinaldo Cosmi (1775-1836), cuyo contenido comprende una serie de registros y anotaciones, ordenadas alfabéticamente y datadas entre 1822 y 1844, que conciernen al trabajo, a la familia y a otros sucesos del lugar.⁴⁵ Según se ha señalado en distintos estudios, la modalidad que representan estos textos, a menudo llamados también de memorias o de recuerdos, tiene su rasgo más sobresaliente en una textualidad híbrida, compuesta, en proporción distinta, por los registros de cuentas, los datos de la vida personal y familiar, y los apuntes alusivos a los acontecimientos conocidos o vividos, mayormente en los de la Edad Moderna.

⁴³ GIBELLI, Antonio: «Dal “grigio” al “rosso”? Appunti su corrispondenza privata e storia degli italiani in tempo di guerra», *Storia e memoria*, 6, 1, 1997, p. 201.

⁴⁴ ADN. E/99. Epistolario de Achille Salvatore Fontana, carta de 22 de octubre de 1918.

⁴⁵ CUCCULELLI, Marilisa: *La memoria e l'alfabeto. Il «libro di ricordi» di Rinaldo Cosmi (Ascoli Piceno, 1822-1844)*. Torino: Scriptorium, 1996. De ciertos ejemplares españoles de libros de cuentas del siglo XIX, en los que también comparecen algunas breves anotaciones de índole personal o familiar, me he ocupado en: «Tras la huella escrita de la gente común», en CASTILLO GÓMEZ, Antonio (ed): *Cultura escrita y clases subalternas: una mirada española*. Oiartzun: Sendoa, 2001, pp. 9-34.

Algo que destaca al analizarlos es la dificultad que conlleva vincularlos a una tipología cerrada, máxime cuando puede tratarse del único testimonio escrito de la persona, sobre todo en los siglos previos al XIX; pero esto no obsta para que se intente perfilar la distinción que puede haber entre unas y otras escrituras, y lo que al respecto aportan las denominaciones empleadas para referirse a ellas (agendas, diarios, libros de razón, cuadernos, etc.).⁴⁶ Ni que decir tiene que el nombre dado a cada práctica de escritura sugiere toda la pluralidad de comportamientos que las mismas documentan. En el campo de las ordinarias, las personales y autobiográficas representan verdaderos actos de memoria, desencadenados, en general, por la intensidad de las experiencias vividas (sobre todo, en el caso de los epistolarios y diarios escritos de guerra, cárcel o emigración) y por la voluntad de no arrojarlas al silencio:

Benchè godo poca capacità di scrivere (perchè quando ero scolaro il maestro mi destinava sempre a oqupare il banco delli orecchiutti) pure vorrei provare a mettere assieme in qualche episodio stranno e antico che sucederano nel mio paese; arrivati fino a noi per tradizione, ma che causa il modernismo rischiano di cadere nel'obblio come i peccati del Medioevo.

A pesar de que tengo poca capacidad para escribir (porque cuando era escolar el maestro me mandaba siempre al banco de los burros), sin embargo quisiera reunir algunos episodios raros y antiguos ocurridos en mi pueblo; llegados hasta nosotros por tradición, pero que a causa de la modernidad corren el riesgo de caer en el ovido como los pecados del Medioevo.⁴⁷

Entonces, el hecho de escribir contiene mucho de conjura contra el olvido así como una elevada dosis terapéutica: escribir, en fin, para no morir y para vivir. Así, cuando, en una carta de 1917, el soldado Achille Salvatore Fontana escribe a su padre y hermana, desde el frente, lo hace siendo consciente de la tragedia que está viviendo y de su participación en ella: «Mi metto a scrivervi, mentre di fronte a me si sta svolgendo il vero e commovente dramma del “Teatro della Guerra”» [«Me pongo a escribir mientras que ante mí se está dearrollando el verdadero y conmovedor drama del “Teatro de la Guerra”»].⁴⁸ Igualmente, la angustia

⁴⁶ HÉBRARD, Jean: «Por uma bibliografia material das escrituras ordinárias. A escritura pessoal e seus suportes», en MIGNOT, Ana Chrystina Venancio; BASTOS, Maria Helena Camra; y CUNHA, Maria Teresa Santos: *Refúgios do eu: educação, história, escrita autobiográfica*. Florianópolis: Mulheres, 2000, pp. 29-61.

⁴⁷ ASP. Autobiografía de Giovanni Cavallar, artesano.

⁴⁸ ADN. E/99. Epistolario de Achille Salvatore Fontana (1915-1919). Carta del 21 de agosto de 1917.

provocada por la separación forzosa y la crueldad de la conflicto fueron dos móviles fundamentales en muchas de las 198 cartas que el soldado bresciano Francesco Ferrari escribió a sus padres y familiares entre el 23 de mayo de 1915 y el 9 de agosto de 1916, al ritmo medio de una por día.⁴⁹ No menos intensa y continuada fue la práctica epistolar de otro soldado de la Gran Guerra, el trentino Guerrino Botteri, quien, amén de un diario, llegó a intercambiarse con su mujer la friolera de 1371 cartas entre 1914 y 1920.⁵⁰

Dichas escrituras demuestran bien la tensión entre el recuerdo y el olvido, entre la verdad «oficial» y la «personal» que se atisba en cada acto de memoria. A título de muestra, en el cuaderno de guerra de Giuseppe Passerini, escrito entre 1915 y 1919 mientras estuvo prisionero en Rusia, apenas si se entra en las páginas más turbias de la contienda, como si quisiera eludir el relato de las miserias y estragos que tiene ante sí.⁵¹ Testimonia, a la postre, un comportamiento nada excepcional, más bien harto habitual: las escrituras de guerra, y dentro de ellas las cartas, explicitan una constante tensión entre la necesidad de contar y el deseo o no de remover.⁵²

Según ha expuesto el antropólogo francés Marc Augé, la escritura articula un «deber de memoria histórica» que puede ir contra los deseos de los testigos directos, especialmente cuando se trata de los supervivientes de alguna tragedia, como el holocausto o el horror de los campos de concentración.⁵³ En circunstancias de esta índole, el olvido, al menos durante un cierto tiempo, cumple una función curativa en la medida que para vivir, a veces es necesario olvidar. Un testimonio de primera mano nos lo ofrece Jorge Semprún al relatar, en *La escritura o la vida* (1995), su manera de afrontar el recuerdo y la narración del período que pasó en el campo de concentración de Buchenwald. Al principio, la dureza de lo vivido le impedía escribir sobre ello, por lo que se impuso el olvido deliberado y sistemático como terapia, el olvido de todo, también de la escritura. Corría la primavera de 1945 y apenas disfrutaba de sus primeras horas de libertad cuando se halló en la tesitura de elegir entre la escritura o la vida: «Tenía que escoger entre la escritura y la vida, había escogido ésta. Había escogido una prolongada cura de afasia, de amnesia deliberada, para

⁴⁹ CROCI, Federico: *Scrivere per non morire. Lettere dalla Grande Guerra del soldato bresciano Francesco Ferrari*. Genova: Marietti, 1992.

⁵⁰ DONDEYNAZ, Rosalba: *Selma e Guerrino. Un epistolario amoroso (1914-1920)*. Genova: Marietti, 1992.

⁵¹ LEONI, Diego: «Il diario di Giuseppe Passerini (1915-1919)», *Materiali di lavoro*, 1-2, 1986, pp. 135-173.

⁵² GIBELLI, Antonio: *L'officina della guerra, op. cit.*, p. 51.

⁵³ AUGÉ, Marc: *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa, 1998, p. 101.

sobrevivir». Sin embargo, décadas después, con las heridas ya más cicatrizadas y el alma más serena, la disyuntiva se hizo innecesaria. Ya no se trataba de optar entre una y otra, sino de unir ambas. El escritor rompe entonces las mordazas, quebranta el silencio y recupera el valor balsámico de la palabra escrita:

Aquí estoy como superviviente de turno, oportunamente aparecido ante esos tres oficiales de una misión aliada para contarles lo del humo del crematorio, el olor a carne quemada sobre el Ettersberger, las listas interminables bajo la nieve, los trabajos mortíferos, el agotamiento de la vida, la esperanza inagotable, el salvajismo del animal humano, la grandeza del hombre, la desnudez fraterna y devastada de la mirada de los compañeros.⁵⁴

Desde el momento mismo que lo vivido se consolida en un determinado texto es legítimo pensar que el individuo actúa llevado por una cierta intención de crear memoria, primero en el entorno familiar y luego en el ámbito más amplio de la comunidad de pertenencia. Cuando Giuseppe Morettini, de origen campesino, escribe su vida a los 77 años, firmada con su nombre y el de su mujer, lo hace pensando en sus nietos, a quienes se dirige con estas palabras: «Termino ne dire he rimanga a lungo nelle vostre memorie il nome dei vostri nonni di Morettini Giuseppe e Bellafante Annunziata» [«Termino por decir que los nombres de Morettini Giuseppe y Bellafante Annunziata permanezcan en vuestras memorias durante mucho tiempo»].⁵⁵ Quinto Antonelli ha señalado el mismo propósito respecto a los cancioneros trentinos y otro tanto puede apreciarse en las siguientes palabras del diario de guerra del peletero Renzo Re:

Prego in caso di morte o falimento grave, di spedire il mio portafogli, carte o oggetti personali intimo al seguente indirizzo

Ruego en caso de muerte o de falta grave de expedir mi cartera, cartas u objetos personales íntimos a la siguiente dirección.⁵⁶

⁵⁴ SEMPRÚN, Jorge: *La escritura o la vida*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1995, pp. 19-20.

⁵⁵ ADN/MP. MORETTINI, Giuseppe. *Memorie di vita*, p. 81.

⁵⁶ ADN. DG/96. Igualmente Antonio Mele y su mujer escriben, según refieren varias veces, para que el hijo tenga recuerdo de ellos y de sus vivencias. Cfr. *Ci trovammo bene nel futuro. Storia di una vita di un contadino: Antonio Mele*, ed. Maria Miniacci. Lecce: Argo, 1997.

Por otro lado, es innegable que buena parte de este ramillete de testimonios no se puede entender sin la presencia de un interlocutor, más o menos explícito, más o menos buscado. Puede, en efecto, que dicha búsqueda sea menor en el caso del diario; en tanto que parece más evidente en la correspondencia y en las memorias. A este propósito resultan meridianamente claras las apelaciones al lector contenidas en las memorias de Comunardo Tobia: «La cronaca renda nell'animo del lettore odio più profondo verso la guerra e verso coloro che l'hanno scatenata, questo per lo meno è intento di chi scrive» [«La crónica produzca en el ánimo del lector el odio más profundo hacia la guerra y hacia quienes la han desencadenado, éste por lo menos es el deseo que quien escribe»];⁵⁷ o en las Giuseppe Morettini: «A voi che leggerete queste parole no vi spiego in che condizione mi venni a trovare» [«A vosotros que leeréis estas palabras no os explico en que condiciones me encontré»];⁵⁸ por no mencionar las que se vierten en la correspondencia dirigida a los responsables del Archivio Diaristico Nazionale.⁵⁹

De todos modos, aunque una historia que rastree los usos populares de la escritura ha de sacar a flote los testimonios que documentan la producción autógrafa de los escribientes inexpertos; no es menos cierto que también puede contemplar aquellas otras situaciones en las que los miembros de las clases subalternas se han visto atrapados en la telaraña de la escritura, la conocieran o no. Mirando hacia atrás, procede recordar que sin el concurso de los variopintos escribientes que suscribieron sus débitos y cobros no hubieran sido posibles ni el libro de cuentas de los campesinos Meo de Massarizia y su hijo Benedetto⁶⁰; ni los versos callejeros de un sastre toledano del siglo XVII, que «sin saber leer ni escribir, iba haciendo coplas hasta por la calle, pidiendo a boticarios, y a otros donde había tintero y pluma, se las notasen en papelitos».⁶¹ Obviando la referencia concreta, ambos ejemplos indican la persistencia de un fenómeno, la delegación de escritura, del que, en tiempos más cercanos, tenemos testimonio en una carta de Giuseppe Jeantet a su padre, escrita en francés el 26 de

⁵⁷ TOBIA, Comunardo: «Arbusowka: la valle della morte», *op. cit.*, p. 17.

⁵⁸ ADN/MP. MORETTINI, Giuseppe. *Memorie di vita*.

⁵⁹ TUTINO, Saverio y VALOTI, Maria Pia: «Lettere all'Archivio di Pieve Santo Stefano», en ZADRA, Camillo y FAIT, Gianluigi (eds.): *Deferenza, rivendicazione, supplica. Le lettere ai potenti*. Paese: Pagus, 1991, pp. 267-279.

⁶⁰ BALESTRACCI, Duccio: *La zappa e la retorica. Memorie familiari di un contadino toscano del Quattrocento*. Firenze: Salimbeni, 1984.

⁶¹ SUÁREZ DE FIGUEROA, Cristóbal. *El pasajero* (1617), ed. M^a Isabel López Bascañana. Barcelona: PPU, 1988, I, p. 219.

julio de 1896 estando prisionero del emperador Menelik II: «je vous ait ecrit cette lettre par le moien de le père capussien» [«os he escrito esta carta por medio del padre capuchino»];⁶² o en los Recuerdos de un galerino (1999) de Bonifacio Sola García, en concreto cuando el autor evoca sus años de la escuela y el uso dado a lo aprendido en ella: “*Cuando ya me desenvolvía bien, escribía todas las cartas en mi casa. a ninguno de mis hermanos les gustaba. Mi vecina, la Belmira, que no sabía escribir, yo le escribía las cartas del novio, que estaba haciendo la mili en ceuta, y cuando le leía las del novio, me hacía que se las repitiera dos o tres veces.*”⁶³

Asimismo, la continuidad histórica de la delegación en muchas prácticas cotidianas demuestra la fragilidad de las fronteras entre las apropiaciones ordinarias y populares. Como ha destacado Daniel Fabre, aunque la escritura ordinaria excluye por definición al mundo de los letrados y profesionales del escribir, no por ello debe pensarse en una división uniforme y unánime entre estos y los analfabetos o semicultos. Al contrario, cada situación de escritura reinventa y reafirma las diferencias suscitando, contemporáneamente, la presencia de los mediadores gráficos, que, aparte, resultan especialmente válidos cuando se impone la razón burocrática. Tanto que la misma persona que, en un momento dado, produce una carta de acuerdo a los criterios instalados en la epistolografía popular, cuando debe afrontar una «imposición» administrativa lo hace ajustándose a los protocolos gráficos y textuales establecidos para la misma. Puede que hasta se sienta paralizado por esa constricción y que acuda para solventarla a la competencia de una persona más alfabetizada, incluso aunque sepa escribir. La escritura delegada establece un pacto o negociación entre el cliente popular y el escribano que produce el texto, quien, como se puede ver por los estudios de Judy Kalman, interpreta los propósitos de aquel y los convierte en una determinada práctica escrita.⁶⁴

Hasta aquí se ha aludido a los escritos personales y cotidianos realizados, normalmente, sobre soportes blandos, por lo común papel; pero la huella escrita de las clases populares también ha tenido y tiene otro de sus lugares en los muros. Los graffiti y otras escrituras realizadas sobre o difundidas desde las paredes, caso de los libelos o carteles infamantes, constituyen otras tantas de las posibilidades de un escribir desde abajo ejercido a

⁶² ADN. E/85, p. 10.

⁶³ SOLA GARCÍA, Bonifacio. *Recuerdos de un galerino*, p. 3. Reproduzco el texto según el ejemplar mecanografiado que se conserva en el Arxiu de la Memòria Popular de La Roca del Vallès (Barcelona).

⁶⁴ KALMAN, Judy: *Writing on the Plaza. Mediated Literacy Practices Among Scribes and Clients in Mexico City*. Creskill, NJ: Hampton Press, 1998.

lo largo de la historia, según acredita la condición subalterna, social y gráficamente, de algunas de las manos que dejaron su impronta en los muros de la Roma antigua, sobre todo en la ciudad de Pompeya. En cualquiera de las épocas, las escrituras murales han estado motivadas por las razones más diversas: unas de contenido crítico y contestario; otras más ligadas a la manifestación de un sentimiento personal; algunas para insultar o difamar; otras, en fin, seguramente sin más trascendencia que la de pasar un rato. Pero cualquiera que sea el motivo, lo destacable es que asumanos la necesidad de mirar las paredes y dar cuenta de lo que en ellas se ha escrito, máxime cuando se trata de sacar a la superficie las maneras, los gestos y los espacios donde se ha manifestado la palabra escrita de las clases subalternas.⁶⁵

5. La Conjura del Olvido

Perdidas en el laberinto de los archivos y de las bibliotecas o apartadas en los desvanes y arcones particulares, las escrituras populares han sido castigadas, a menudo, con el abandono y la postergación, cuando no directamente con el rechazo. Algo que cabe vincular, siguiendo a Michel Foucault, con el «establecimiento de aparatos escriturarios de la “disciplina” moderna», secundado por el «doble aislamiento del “Pueblo” (con relación a la “burguesía”) y de la “voz” (con relación a lo escrito)». ⁶⁶ Por ello, si algo define, en términos generales, a este conjunto de prácticas de escritura es, sin duda, su condición de exiliadas, víctimas de una doble incompreensión: por un lado, la de sus autores y tenedores, que no siempre han sabido comprender su valor como testimonios del avatar escrito e histórico; y por otro, la de los historiadores, lingüistas, paleógrafos, antropólogos y demás estudiosos de la escritura que sólo muy recientemente han comenzado a rastrear sus pistas y a escuchar sus voces.

Vistas en la larga duración, un aspecto no menor que también ha repercutido en la desvalorización, desconocimiento y olvido científico de dichos escritos concierne a las distintas políticas de la memoria y, en particular, a los criterios que se han desplegado para justificar la conservación de unos documentos y el abandono de otros. Es obvio apuntar que los testimonios que han sobrevivido «no son, como algunos creen, una muestra accidental de lo que originalmente existía», sino que «han sido escogidos para que prevalecieran

⁶⁵ Para una aproximación al tema en su perspectiva histórica, cfr. GIMENO BLAY, Francisco M. y MANDINGORRA LLAVATA, M^a. Luz (eds.). «Los muros tienen la palabra». *Materiales para una historia de los graffiti*. Valencia: Universitat de València, 1997.

⁶⁶ DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano, 1. Artes de hacer* [1990]. Nueva edición., establecida y presentada por Luce Giard, México: Universidad Iberoamericana, 1996, p. 146.

normalmente por miembros de los grupos sociales políticos o instruidos, al suponérseles significativos»; de tal suerte que la memoria escrita preservada es, sin duda, el mejor espejo de la estructura del poder y de los prejuicios establecidos en cada época⁶⁷. Paul Thompson llega a estas aseveraciones tras reflexionar sobre las presencias y ausencias detectadas en la correspondencia privada conservada en los archivos provinciales ingleses: significativa en cuanto a las cartas cruzadas entre los terratenientes y casi inexistente respecto a los intercambios epistolares del pueblo común. Pero sus conclusiones son igualmente válidas para otros lugares donde el proceso de selección se ha visto lastrado por argumentaciones que siempre han privilegiado la memoria institucional, del poder y de las clases dirigentes.

Tras constatar dicho memoricidio, con permiso de Goytisoló,⁶⁸ entiendo que las sociedades democráticas deberían poner todo su empeño en salvar los restos del naufragio y en restañar las heridas perpetradas por tales actuaciones en la memoria social. Las vías para hacerlo deben abarcar desde la creación y sostenimiento de centros encaminados a la conservación y estudio de los escritos de la gente común hasta el respaldo de las iniciativas encaminadas a propiciar la reconstrucción de la memoria popular. Nótese, según ha escrito Nuto Revelli, que, aunque «el campesino nunca ha profesado el culto de los papeles»; sin embargo «ha salvado y salva de la dispersión algunos documentos» de tal modo que «en los pequeños “archivos familiares”, en las cajas de lata o de cartón, se conservan los documentos en “papeles timbrados”, los documentos que hablan de pertenencias, de dinero [...]».⁶⁹ Nólo cabe recuperar las escrituras de otrora, sino que también debe combatirse la eventualidad de nuevos silencios por medio de actividades que, como los talleres de escritura o los talleres de historia popular, conciencien del valor que atesoran los papeles de la gente corriente.

En lo que concierne a los testimonios de los siglos anteriores al XIX, la mayor parte de las escrituras de la gente común, las que han salido a la superficie y las que todavía permanecen ocultas, se encuentran, identificadas o no, en los fondos de los distintos archivos y bibliotecas que guardan documentación manuscrita de esos períodos. En el caso de las más recientes, las de la época contemporánea, una gran parte de ellas aún se conservan en manos de los propios interesados o de algún miembro de su familia, siendo

⁶⁷ THOMPSON, Paul: «La historia oral y el historiador», *Debats*, 10, diciembre 1984, p. 54.

⁶⁸ GOYTISOLO, Juan: «Memoria, olvido, amnesia, recuerdo y memoricidio», en su libro *Cogitus interruptus*, Barcelona: Seix Barral, 1999, pp. 41-57.

⁶⁹ REVELLI, Nuto. *Il mondo dei vinti. Testimonianze di vita contadina*, Turín: Einaudi, 1977.

esta una de las razones que dificulta su localización, uso y estudio. Precisamente es aquí donde intervienen los Archivos de la Escritura Popular.

Haciendo un poco de historia cabe decir que la primera inquietud por la conservación de tales escritos se sitúa en los años veinte y treinta del corriente siglo, cuando se fundaron respectivamente el Pamietnikovesko Polskie de Varsovia y el Mass Observation de Londres. El primero como archivo para conservar los «documentos personales» recogidos por los sociólogos William Isaac Thomas y Florian Znaniecki en el curso de sus investigaciones sobre la emigración de los campesinos polacos a América,⁷⁰ aunque luego se fue enriqueciendo con los materiales reunidos al hilo de los numerosos concursos autobiográficos organizados después de la Segunda Guerra Mundial por las más diversas asociaciones, instituciones, editoriales y centros culturales o administrativos (del orden de 1600 entre 1945 y 1989, que dieron lugar a 50.000 documentos). Y el segundo, creado en 1937 por un grupo de escritores y poetas (Tom Harrison, Charles Madge, Humphrey Jennings), con el objetivo de reunir los relatos elaborados por los miembros del centro para conocer, a través de las experiencias narradas, cómo se había vivido la crisis de los años treinta.

Después de estos primeros pasos, el interés por las escrituras populares, y por ende respecto a su producción y conservación, se hizo más evidente desde la segunda mitad de los años sesenta, partiendo de un concepto sustancialmente distinto. Ya no se trataba tanto de construir monumentales acervos de la identidad nacional, cuanto de abrir nuevos yacimientos al historiador y a otros exponentes de las disciplinas humanísticas y sociales. En medio del florecimiento de la historia oral, la recuperación y estudio de esos materiales facilitaba el contacto directo con los relatos y experiencias de vida escritos por la gente común. En este terreno, no debe olvidarse que en la Inglaterra de los sesenta ciertos historiadores marxistas, comandados por Raphael Samuel, alumbraron los History Workshop con el fin de concienciar a los trabajadores para que se convirtieran en escritores de sus propias vivencias, en la medida que así se podían rescatar del silencio muchas voces y testimonios despreciados por la versión más académica y convencional de la historia.⁷¹

⁷⁰ . THOMAS, W. I. y ZNANIECKI, F. *The Polish Peasant in Europe and America*, The University of Chicago Press, 1918-1920, 5 vols. (Nueva York: A. A. Knopf, 1927, 2ª ed.).

⁷¹ SAMUEL, Raphael (ed.). *Historia popular y teoría socialista* [1981]. Barcelona, Crítica, 1984.

Ya en 1986, en Italia, se fundó el llamado Archivio Interregionale della Scrittura Popolare, entendido no tanto como un lugar de concentración física de los materiales, sino como un grupo de estudio interdisciplinar que pretendía centralizar el trabajo, las informaciones y las discusiones tomando como punto de partida la labor realizada por los grupos locales ya existentes. Paralelamente a ello se empezaron a constituir los primeros acervos propiamente dichos, en particular los tres que aún existen: Archivio Diaristico Nazionale de Pieve Santo Stefano (1984), Archivio della Scrittura Popolare de Trento (1987) y Archivio Ligure della Scrittura Popolare (1988), con sede en la Universidad de Génova. Asimismo en este último año se estableció la Federazione Nazionale degli Archivi della Scrittura Popolare con el propósito de «contribuir a la conservación, a la salvaguardia y al hallazgo de toda la producción escrita de matriz popular (publicada e inédita), con la sola exclusión de los documentos escritos de carácter institucional (actas de las Cámaras del trabajo, de los sindicatos, de los partidos, de los grupos, etc.)». ⁷²

En el momento actual, sin embargo, el Archivio Diaristico ha optado por una senda que rebasa los confines de lo «popular» y se inserta más en el terreno de la autobiografía. Participa así de una tendencia que también han experimentado otras instituciones y asociaciones europeas empeñadas en el estudio y la promoción de las escrituras del yo.

Así, entre lo popular y lo autobiográfico se sitúan otros archivos creados en distintos países europeos, concretamente el Deutsches Tagebucharchiv de Emmendingen (1998) y The Finnish Academy for Autobiographies and Folk Art de Käräsämäki (Finlandia, 1999). A éstos cabe agregar la labor de promoción de este tipo de escritura que realizan la Association pour l'Autobiographie (APA), nacida en Francia en 1991, organizadora de unas jornadas anuales en Ambérieu-en-Bugey, y, más recientemente, tanto la Associazione Europea per l'Autobiografia como la Libera Università dell'Autobiografia, ésta con sede en la localidad italiana de Anghiari, creadas ambas en el curso de 1998.

En España, la inquietud por la búsqueda y conservación de las escrituras de la gente común se ha materializado, por el momento, en el Arxiu de la Memòria Popular de La Roca del Vallés, creado en 1997 siguiendo el modelo del citado Archivio Diaristico, de ahí que

⁷² . La propuesta de estatuto, aprobada durante el segundo seminario sobre la escritura popular celebrado en diciembre de 1988, se publicó en la recensión-memoria del mismo: «Il secondo seminario nazionale dell'Archivio della scrittura popolare (Trento, 10-11 dicembre 1988)», *Materiali di Lavoro*, 1-4, 1988, pp. 245-247, p. 246 para la cita.

también haya adoptado como estrategia de captación documental la convocatoria anual de un Premio de Memorialismo Popular; y el Archivo de la Escritura Popular de la Asociación Etnográfica Bajo Duero de Zamora (1999), que trata de recoger las escrituras de carácter autobiográfico pero también los testimonios asociados a los diversos ciclos de la vida en comunidad; aparte de los fondos específicos existentes en diversos acervos (Arquivo da Emigração Galega, Museo del Pueblo de Gijón, etc).⁷³

Una vez conservadas podrá comprobarse la variedad de sus aprovechamientos. En un plano más sesudo y académico, es impagable el juego que pueden dar en el ámbito de la historia de los usos sociales de la comunicación escrita. Por su cuenta, las investigaciones lingüísticas se enriquecen con otras voces y con otros registros que no siempre se han tenido en cuenta, integrándose así en el razonable combate contra la muerte de las lenguas, habladas y escritas. La antropología, a su vez, tiene en dichos escritos la ventana desde la que asomarse a su acontecer diario, a sus costumbres, sus ritos, sus sentimientos. La historia, en fin, dispone de otras azoteas desde las que otear la aventura humana, ya sea con vistas a la reconstrucción de momentos singulares, ya sea para husmear en los entresijos de la vida cotidiana. Haciendo extensivo lo que Guilhem Delon ha dicho respecto de los cuadernos de guerra, las escrituras de la gente común nos aproximan a ciertos secretos que se le pueden escapar al historiador, como el énfasis, las exageraciones, la deformación, lo no-dicho, la reconstrucción, la instrumentación. De manera que «ninguna memoria puede pretender alcanzar la verdad si no se beneficia de un soporte tan sólido y legítimo como los cuadernos de notas cotidianas».⁷⁴

En suma, dichos testimonios sacan a la luz otras experiencias, otras visiones, otras maneras de entender la realidad; otras vidas, que, conformes o no con los usos oficiales, ayudan a democratizar la historia. Con ellos se hace historia y se hace vida, pues, como sostuvo Teixeira de Carvalho, al socaire de las Notas de um escritvão do povo, escritas en el

⁷³ Para un acercamiento al panorama europeo de los archivos de la escritura popular me remito al dossier que sobre el tema coordinamos José Ignacio Monteagudo Robledo y yo mismo para la revista *Archivamos*, 38, 2000, pp. 5-25. Sobre los acervos autobiográficos: LEJEUNE, Philippe. *Archives autobiographiques*, en *Cahiers de Sémiotique Textuelle* (Université de Paris X), 20, 1991; IUSO, Anna: Archivi autobiografici in Europa», *Archivio Trentino di Storia Contemporanea*, 2, 1996, pp. 121-135 y «Les archives du moi ou la passion autobiographique», *Terrain*, 28, 1997, pp. 125-138; ANTONELLI, Quinto e IUSEO, Anna (eds.). *Vite di carta*. Napoli: L'Ancora, 2000.

⁷⁴ DELON, Guilhem: «Écrire et raconter la Grande Guerre. Témoignage, culture et représentations populaires à travers les carnets de route des combattants, 1914-1919», *Mémoires Identités Représentations Histoire Comparative de l'Europe (MIRHCE)*, 2, 1998, p. 118. Véase, además, GIBELLI, Antonio: «C'era una volta la storia dal basso...», en ANTONELLI, Q. e IUSO, A. (eds.). *Vite di carta, op. cit.*, pp. 159-175.

siglo XVII por Bartolomeu Pereira, cerero de oficio, tesorero de la cofradía de la Misericordia, nombrado escribano del pueblo en 1636: “*As memórias da gente simples, sem mais preocupações do que anotarem os factos históricos, em que colaboraran, com patriotismo e com sinceridade, são muitas as vezes mais interessantes que as dos indivíduos da mais alta cultura, a quem preocupa muitas vezes o cuidado de se colocar a êles ou as pessoas que servem, na melhor luz, na atitude mais vantajosa.*”⁷⁵

Que no se trata de textos sin importancia sino de auténticos objetos-memoria es algo que podemos confirmar a raíz, por ejemplo, de las reacciones que despertó la publicación de los cuadernos de guerra del tonelero Louis Barthas, ya fuera por las cartas enviadas a la editorial por otros protagonistas de la primera guerra mundial, el juicio formulado por los historiadores que escucharon dicho testimonio o el dato de su inclusión como tal en numerosos manuales de la escuela secundaria al mismo nivel que los documentos oficiales.⁷⁶

Por todo ello, este texto quiere ser también una intervención decidida contra ese cúmulo de olvidos, reclamando, desde aquí, la necesidad de retornar a los archivos para buscar los fragmentos de esa memoria escrita, y, por lo que atañe al presente y al futuro, para alentar la creación de centros y acervos que se afanen en estos menesteres de la salvaguarda, conservación y estudio del legado escrito de las clases subalternas. Si, como sostuvo Raphael Samuel, «la historia popular representa siempre un intento de ensanchar la base de la historia, de acrecentar su materia de estudio, de utilizar nuevas materias primas y ofrecer nuevos mapas de conocimiento»;⁷⁷ ese intento requiere inexcusablemente del rastro escrito de las clases populares o subalternas, del suyo propio. Y en última instancia no se olvide que, «quando se leem estes documentos, escritos com tanta eloquência, numa linguagem tão simples, sente-se a saudade do povo ter escrito tão pouco e ter deixado a história da sua actividade aos cronistas reais que bem pouco a comprehenderam e, por officio, a não poderiam louvar».⁷⁸

Asentado esto, llega la hora de terminar y lo haré reivindicando la importancia del ancho campo de las escrituras populares y, en consecuencia, su asunción plena como fuentes para cuantas exploraciones quieran serlo de los sujetos humanos, de sus avatares, de su

⁷⁵ CARVALHO, J. M. Teixeira de. *Notas de um escrivão do povo*, Coimbra: Imprensa da Universidade, 1922, p. 2. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Coimbra.

⁷⁶ CAZALS, Remy: «Postface», *op. cit.*, pp. 555-564.

⁷⁷ SAMUEL, Raphael: «Historia popular, historia del pueblo», en SAMUEL, R. (ed.). *Historia popular y teoría socialista*, *op. cit.* p. 17.

⁷⁸ CARVALHO, J. M. Teixeira de. *Notas de um escrivão do povo*, *op. cit.*, p. 55.

cultura, de sus pensamientos, de sus sufrimientos, de sus deseos, de sus costumbres o de su lengua. La historia, la antropología, la paleografía, la lingüística, la sociología, la psicología o las ciencias de la educación tienen razones sobradas para incorporarlas a su equipaje.

Conferência recebida em: 09/2003

Data de Aprovação: 09/2203